

Angie

Una novela de
Eduardo Acevedo Regidor



INFO ABOUT RIGHTS
1701010272157
www.safecreative.org/work

© Eduardo Acevedo Regidor
Enero de 2017

Quienes olvidan el pasado están condenados a repetirlo.
George Santayana.

Dedicado a una guerra estúpida que, como todas,
engrandeció el odio.

Sarajevo 1995

Gabriel Márquez cruzó las puertas de plástico abandonando el hospital quirúrgico de campaña, en una mano llevaba un botellín de Sprite, con la otra rebuscaba en un bolsillo de su pantalón. Respiró hondo, había perdido la cuenta de las horas que llevaba allí dentro. Miró alrededor buscando un lugar tranquilo donde sentarse unos minutos, la actividad era frenética, compañeros corriendo de un lugar para otro, helicópteros, camiones blindados, coches armados. Al fin extrajo el paquete de Camel y el encendedor, como médico debería dar ejemplo, pero necesitaba fumar un cigarrillo y relajarse unos minutos, se sentó en el guardabarros de un camión a pocos metros de la carpa, tomó un buen trago del botellín y lo dejó a la sombra. Miró al cielo brumoso, hacía bastante calor, y una extrema humedad lo hacía muy molesto. Cuando acercaba la llama del encendedor al cigarrillo oyó una sirena, seguidamente por el camino central apareció una ambulancia a toda velocidad que con un chirriar de ruedas frenó con brusquedad a pocos metros de él. La parte trasera se abrió de golpe y bajó un soldado que apenas conocía de vista portando un cuerpo pequeño, echó a correr frenético hacia la carpa y atravesó las puertas desapareciendo en el interior.

Gabriel aplastó el pitillo con el pie y lanzó la botellita de refresco al contenedor, el cuerpo que portaba el soldado no parecía de un adulto. Sin perder tiempo penetró de nuevo en la carpa.

En el box del fondo se agolpaban auxiliares y enfermeras, el soldado se cruzó con él cabizbajo y sin verle. Cuando Gabriel llegó quedaban tres auxiliares y dos enfermeras repartiéndose frenéticamente las labores. Una enfermera conectaba los aparatos de monitorización mientras otra buscaba la vena para coger una vía, las auxiliares se repartieron las tareas de cortar la poca ropa que quedaba y limpiar con mucha suavidad la cara y los miembros. Gabriel tardó treinta segundos en enfundarse la bata, los guantes, el gorro y la mascarilla. Observó que se trataba de una niña de unos nueve o diez años, desde el pecho hasta los pies era toda una mancha de sangre, especialmente se concentraba en la pelvis. Respiró hondo, había visto muchas lesiones en aquel hospital en medio de la contienda, algunas escalofrantes, pero casi todas en adultos. Al ver aquel pequeño

cuerpo ensangrentado se estremeció, miró los monitores y se puso a dar órdenes frenético, sedante, antibiótico, suero. No se percató de que no había cambiado el idioma, pero al parecer todos le entendieron. La niña recibió en su vena todo el producto benefactor de la medicina moderna. Esperó que el calmante hiciera efecto y detuvo a la auxiliar que en ese momento limpiaba el pubis, lentamente, con mucha delicadeza separó las piernas de la criatura.

¡Dios! La exclamación le salió espontánea, como si le hubieran apuñalado en el pecho. Las cinco mujeres que estaban alrededor se quedaron petrificadas, con la vista fija en el trozo de madera que asomaba por la pequeña vagina.

Gabriel estiró y flexionó los dedos varias veces antes de hurgar en la bandeja del instrumental para coger unas pinzas, concentrado como si fuera a enyesar la pata de una mosca comenzó a extraer el objeto. Treinta minutos después terminaba de suturar y miraba los monitores por enésima vez, aunque débiles, las constantes se mantenían. Había logrado, al menos de momento, contener la hemorragia. Sintió que alguien le pasaba una gasa húmeda por la frente, agradeció con un gesto la humana iniciativa de Sheila, la joven enfermera española que casualmente se encontraba siempre con él en los descansos y paseaba a su lado por los alrededores del tinglado castrense. Podría ser su hija, pero a Gabriel no se le había escapado el interés, y casi diría idolatría de la excelente enfermera hacia él. Sabía por los compañeros que pensaba cursar medicina en cuanto regresara a España, con poco que perseverase se convertiría en una excelente doctora.

Fue a pedir a Sheila el equipo de rayos X portátil, pero al volver la vista vio que Stacey, la otra enfermera, ya lo empujaba hacia la camilla. Gabriel quería asegurarse de que aquel trozo astillado no hubiera dejado restos en el interior, rezó por que así fuera, pero al parecer no fue escuchado. Todos quedaron mirando horrorizados el monitor, al menos se contaban cinco trozos, probablemente empujados con el que acababan de extraer, estaban muy dentro, espeluznantemente introducidos por algún ser poseído de una profunda maldad.

Fue a pedir una transfusión inmediata, pero John Martin, el otro médico mostraba ya en una mano tendida una bolsa de color rojo oscuro, no apartaba la vista del monitor, estaba petrificado. Gabriel le arrebató la bolsa y se la pasó a Sheila que de inmediato se dispuso a buscar vía en el otro brazo de la niña.

Gabriel estudiaba concentrado los objetos apiñados dentro del pequeño cuerpo. Miró a John en busca de opinión, pero este negó desolado con la cabeza. Gabriel se resistía a darse por vencido, jamás lo había hecho.

—Debo extraerlos, si no lo hacemos morirá, la hemorragia interna es inminente.

—Sabes que no es esa la solución, —dijo John en el mismo idioma, puesto que hablaba perfectamente español— mira bien, lo único a intentar...

—Histerectomía, lo sé.

John asintió convencido, tenía diez años menos que Gabriel, pero era un médico excelente, un todo terreno que ya había visto lo suyo, tanto en la paz como en la guerra. Además de aprender a diario de la experiencia y buen hacer de Gabriel le servía de una inestimable ayuda, aquí la jerarquía militar no tenía ningún sentido, el hospital era norteamericano y él se suponía que debía estar al frente de los veinticinco galenos de diferentes países que componían la plantilla en aquellos momentos, pero ante médicos tan experimentados y buenos como Gabriel lo más sensato era ponerse a su disposición. Se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Espera unos minutos que avance la transfusión, las constantes están mejorando.

Gabriel recorrió con la mirada los monitores, los datos eran esperanzadores, pero no se engañaba, la niña moriría si no la limpiaba, y para ello debería mutilarla para toda la vida. Y aún así...

—Calculo que las posibilidades son de un treinta por ciento — dijo John.

—Estoy completamente de acuerdo, quizá menos.

—Pero...

—Hay que intentarlo, eso sin duda. Prepara todo, por favor, vuelvo en cinco minutos.

Gabriel salió del box y se despojó de bata y guantes camino del exterior, necesitaba un poco de aire antes de emprender la delicada tarea. Se sentó en el mismo lugar que antes, pero esta vez sí encendió el pitillo. Iba a levantarse a buscar algo de beber cuando alguien se plantó frente a él y le tendió un refresco, era el compañero que había entrado en la carpa hospital con la niña en sus brazos.

—Soy Santos Gómez, cabo a su servicio, doctor —le tendió la mano y Gabriel se la estrechó.

—Gabriel Márquez, encantado, cabo.

—Lo sé, aquí conocemos todos al mejor médico español que tenemos.

—Querrá decir el único.

Ambos sonrieron mientras Santos se sentaba a su lado, sacó un paquete y encendió un cigarrillo, mantenía la mirada pesadosa fija en el suelo, Gabriel le observó en silencio, Santos parecía recordar algo y ponerlo en orden, finalmente comenzó a hablar:

—Casi nunca miramos en las zanjas, es tanta la barbarie que terminas por volverte ciego y sordo, es como si una locura colectiva se hubiera apoderado de las gentes de esta región, acaban con la vida de sus semejantes por ser de etnia o religión diferente, pero no conformes con esto lo hacen de la manera más cruel posible. No sabría explicar por qué he saltado del camión, el sargento me ha seguido, diciendo algo de mi madre y dando orden de detener el convoy. Al acercarme al borde he mirado la montonera de cuerpos, brazos, piernas, cabezas, todo mezclado como en un revoltijo macabro. Justo encima, a pocos metros de mí, un cuerpecito semidesnudo y muy blanco destacaba como una flor en medio de un trigal segado. En ese momento el sargento me ha agarrado del cuello y me ha dado la vuelta increpándome, no recuerdo lo que me ha dicho, pero nada bonito, a empujones me ha enfilado hacia el camión que esperaba. Yo iba pensando que algo no cuadraba en el grotesco cuadro que acababa de mirar. Aquel cuerpo no estaba mezclado con los demás sino sobre ellos, como si hubiera sido echado posteriormente. Pero sobre todo había algo que... Los cuerpos amontonados en las zanjas parecen querer hacerte partícipe del horror que experimentan al morir y la mayoría mantienen los ojos abiertos... ¡Aquella niña los tenía cerrados!

A punto de subir al camión me deshice de la garra del sargento y volví a la zanja, esta vez salté, y pisando los cuerpos caí de rodillas justo al lado de la criatura, el hedor era insoportable pero me sobrepuse. Tanteé su pulso sin encontrarle, desesperado me tumbé hasta poner mi cara muy cerca de la suya, me pareció sentir algo, seguidamente puse mi oído en su pecho con torpeza, el latido era muy débil pero... ¡Estaba viva! La levanté como pude y corrí como loco hacia el camión, no sé de donde saqué tanta fuerza para correr y saltar así con ella. El sargento me ayudó, había desaparecido toda su fiereza, ahora

daba órdenes frenéticas de ir a toda leche hacia el hospital de campaña. El camión apenas coge velocidad, nos estábamos desesperando cuando vimos una ambulancia de los franceses que pretendía adelantarnos, la cortamos el paso, me recogieron y volaron hasta aquí. Ha sido un trayecto de apenas treinta minutos pero es como si yo luchara por su vida más que ella, han sido los quince minutos más angustiosos de mi existencia, escuchar su pecho, acurrucarla de nuevo, rezar, volver a escuchar su pecho, limpiar sus labios, rezar, escuchar, llorar...

Santos detuvo su relato y por primera vez en varios minutos miró a Gabriel.

— ¡Sálvela doctor! Opongámonos a esta barbarie de muerte y locura salvando la vida de esa criatura.

—Haré lo que pueda Santos, pero tiene pocas posibilidades. En cualquier caso no dude ni por un momento que su relato y su entusiasmo por salvarla me han dado fuerzas.

Gabriel se puso en pie y palmeó la espalda del cabo. Suspiró largamente, miró el cielo brumoso y dijo:

— ¡Vamos allá!

En el quirófano estaba todo preparado, la paciente mantenía las constantes, Sheila y Stacey esperaban instrucciones, Gabriel se enfundó la bata y el resto del equipo de protección mientras indicaba en inglés, ya que Stacey no hablaba una palabra de español, las funciones de las que sería responsable cada una. A Sheila le señaló los monitores, lo cual significaba que se ocuparía de la anestesia y las constantes, o lo que es lo mismo mantenerla con vida, Stacey estaría a su lado asistiendo la intervención: pinzamientos, aspiración, sutura, etc. Mientras se concentraba y procuraba relajarse cayó en la cuenta de que era una responsabilidad enorme para la joven Sheila, si la niña moría se sentiría culpable, pero Stacey era todavía más inexperta aunque fuera más mayor, debería llamar a John pero no era prudente dejar el resto del hospital sin médico durante horas. Stacey ya estaba embadurnando el abdomen de la paciente con líquido amarillo cuando súbitamente se abrió la cortina.

— ¡Todo arreglado! A tu disposición mientras no venga una urgencia, dime que quieres que haga.

Gabriel no preguntó, conociendo a John habría dejado todo bien atado, suspiró aliviado y le señaló los monitores.

—Controla la anestesia y...

—Ok. *Boss*, a lo tuyo.

John ya se había puesto los guantes y subido la mascarilla, su mirada se tornó concentrada y profesional y apartó a Sheila con delicadeza tomando el control. Gabriel llamó a Sheila a su lado y designó a Stacey para asistirles a todos en general, tarea nada desdeñable que consistía en adelantarse en la preparación del instrumental, medicación, limpieza, etc. Tras varias aspiraciones seguidas el médico jefe tomó el bisturí y efectuó la incisión.

La intervención duró dos horas treinta y siete minutos durante las cuales hubo varias caídas vitales, de ellas fue la última la más brutal. La intensa hemorragia hizo saltar las alarmas y el “bip” entrecortado quedó en sonido continuo, la línea plana en el monitor parecía traducir en su idioma electrónico la palabra muerte. Stacey abandonó precipitada el box sin recibir orden alguna, John cargó las palas y apartó a sus compañeros, durante las tres descargas ninguno respiró, pasó más de un minuto hasta que el “bip” continuo finalmente se detuvo y osciló la línea plana en el monitor, primero con un simple saltito, luego otro más pronunciado... Stacey volvió portando otra bolsa de sangre y murmurando en inglés “Algún día mataré a esa idiota”.

Gabriel dejó escapar un suspiro de alivio, el muy bobo había pensado que la enfermera era una desertora ante la muerte inminente de la paciente. La idiota a la que se refería era la responsable del almacén de fármacos y material médico, una francesa cuyo celo profesional era legendario, además de no entender una palabra de inglés (y Stacey no hablaba francés) tenía como norma hacerte cumplimentar un formulario aunque te llevaras una jeringa desechable, en cuanto a la sangre debías demostrar que era tan imprescindible que la vida del paciente dependía de ella. Imaginó la escena y no pudo evitar sonreír mientras escuchaba como música celestial el fuerte sonido del monitor en un “bip, bip...” pausado pero firme.

Se disponía a suturar cuando John le arrebató el instrumento y miró a Gabriel guiñando un ojo, levantó el pulgar señalando los monitores y dijo en inglés:

—Excelente trabajo, jefe, descanse un rato, ya termino yo.

Gabriel comprendió que no admitiría réplica y suspiró bajando la mascarilla y quitándose el gorro, estaba exhausto, lentamente salió del quirófano y se dirigió hacia los lavabos. Vació su vejiga y se aseó a conciencia, sin dejar de pensar en la niña, de momento había logrado sobrevivir, era un cuerpo joven y probablemente resistiría las próximas horas cruciales, todo dependía de las posibles infecciones y su lucha natural contra ellas. No recordaba una intervención tan delicada en todo su dilatado ejercicio, ya hacía más de quince años desde la primera que realizó como responsable principal con solo treinta. Pero en realidad era todo el equipo quien meritaba en estos casos el trabajo bien hecho. Había realizado unas cien intervenciones en los doce meses que llevaba allí. Civiles y militares de todas las edades, ancianos, jóvenes e incluso niños, pero a estos últimos jamás a vida o muerte. Y hasta la fecha solo había perdido un paciente en la mesa, una mujer de ochenta y siete años. No era creyente, su Fe era la ciencia pero intuía que algo había ahí arriba, cerró los ojos con fuerza y muy cansado murmuró “gracias”.

Cuando regresó al quirófano solo quedaban Sheila y una auxiliar, John y Stacey habían ido a atender al resto de pacientes. La niña estaba tapada hasta la barbilla, ya no la cubría la mascarilla, tras comprobar los monitores Gabriel observó detenidamente su carita, “había salvado la vida de un Ángel” —se dijo. Pero si se recuperaba, y así lo esperaba, le quedaría encajar la noticia de su mutilación femenina de por vida, tal vez se pudiera esperar unos años para decírselo a la niña, pero a los padres no se les podría ocultar. “¡Los padres, la familia! Había que buscarlos de inmediato”. Tras dar algunas instrucciones a Sheila en cuanto a medicación salió corriendo de nuevo hacia el exterior.

No tuvo que hacer mucho esfuerzo para encontrarlo, Santos estaba sentado en el mismo sitio, no se había movido de allí. El cabo se levantó como un resorte y corrió hacia Gabriel interrogándole con la mirada.

—Es pronto, las próximas cuarenta y ocho horas son críticas, pero creo que sí, que saldrá adelante.

—Gracias a Dios, es usted... —Santos le abrazó, haciendo que se le humedecieran los ojos.

—Oiga, cabo, necesito informar a su familia, me tiene que decir dónde la encontró.

—Por supuesto, ha sido en Potocari, a unos 100 Km. Puede que más, al este de aquí, en la región de Srebrenica, solo tiene que

solicitar la orden y nos pondremos en marcha, yo mismo iré en la patrulla para buscarlos, informarles y traerles si así lo piden, pero antes...

—Sí, Santos, puede pasar a verla unos minutos pero póngase las protecciones, no querrá que se nos vaya por una infección.

—Descuide, me cubriré hasta los ojos.

Gabriel sonrió, un gran tipo este Santos —se dijo. Pensó que no sabía nada de él, pero desde luego su relato le había impresionado, por su acento latinoamericano dedujo que era colombiano, dado que solo dos países suramericanos más participaban en la “UNPROFOR”, y desde luego Santos no era argentino ni brasileño. Enseguida pasó a pensamientos prácticos y prioritarios, esa niña que estaba ahí dentro tendría familia y era su deber informarles. De pronto cayó en la cuenta de la frase de Santos “solo tiene que solicitar la orden” claro, a menudo en el desarrollo de su profesión se olvidaba de la graduación en la jerarquía castrense que como médico llevaba implícita, en su caso era capitán. Lo podía solicitar directamente al mando y ponerse al frente de la patrulla si éste le daba permiso, claro. Necesitaría un transporte, un intérprete y a Santos. A paso vivo se dirigió a la carpa de mando. Tras sortear vehículos, compañeros corriendo de un lado para otro a cumplir órdenes, polvo que se masticaba cuando los helicópteros sobrevolaban a pocos metros por encima de su cabeza, gritos, y algún disparo a lo lejos, llegó por fin al punto de reunión de sus compañeros más ilustres donde un nutrido grupo de oficiales de varios países se pasaban tazas de café y bollos envasados procurando hablar todos en inglés para no desairar a nadie. Era curioso como se había establecido de forma tácita este idioma cuando en cualquier grupo proliferaban originarios de habla latina, ya fueran italianos, españoles, latinoamericanos o franceses, pero en la ONU y sobre todo en la OTAN quien proporcionaba medios materiales y asesoramiento estratégico eran los EEUU. Aunque apenas participaran en esta guerra, donde parecían delegarlo todo en los europeos, pero el idioma generalizado en las reuniones era el inglés, y eso nadie se atrevía a cuestionarlo. Así pues en este idioma, para que todos se enterasen, contó la historia y su necesidad urgente a su superior español y éste a su vez lo transmitió al francés al mando desde marzo de aquel año. A éste no le hizo ninguna gracia que el médico se jugara la vida por buscar a los familiares de una víctima, pero ante la insistencia personal de Gabriel decidió ceder, siempre y cuando llevara una escolta numerosa y bien armada. En menos de media hora estuvo todo listo, tres vehículos “Hummer”

blindados y armados como para invadir Sarajevo partieron hacia Potocari, en la región de Srebrenica.

En esta región, bajo la supuesta protección de cuatrocientos cascos azules holandeses, solo una semana después llegaría el general Ratko Mladić para llevar a cabo el genocidio más atroz desde la segunda guerra mundial y que avergonzó a las tropas de “UNPROFOR”, como si un gigante hubiera presenciado a un pequeño agresor matar a otro más pequeño aún, y sin hacer nada para evitarlo. Se defenderían afirmando que Radovan Karadžić, presidente de la Republika Sprska les mantuvo engañados a los dirigentes de la ONU y la OTAN, que no cursaron ninguna orden de intervención hasta que el hecho estuvo consumado. Pero esto no lo podía imaginar Gabriel ni los miembros de la patrulla que ahora se dirigían a la masacrada región.

En dos horas y quince minutos tomaron el desvío que serpenteaba por la frondosa y verde región entrando en Potocari.

Dos patrullas de cascos azules holandeses se les unieron a la entrada de la población y, una vez fueron informados del asunto que traía al pueblo a los compañeros de la base de Sarajevo contactaron con su mando, que les dijo que le acababa de llamar el comandante, y les dio orden de colaborar.

Uno de los Hummer se posicionó en el centro del pueblo dispuesto, junto con las patrullas holandesas, a sofocar cualquier intento de agresión por parte de los serbo-bosnios que trataban de controlar la región. Las órdenes eran claras: no podían disparar salvo en defensa propia.

Después de que Santos corriera la voz por todo el campamento informando de lo que habían hecho con una niña de diez años, aquellos jóvenes armados estaban impacientes por fulminar a cualquier agresor que se les pusiera a tiro.

Los otros dos vehículos fueron guiados por Santos hasta el montón de cuerpos del cual éste había rescatado a la niña. Allí comenzaron a preguntar ayudados por la traductora croata que les acompañaba. A pocos metros del macabro hacinamiento de cadáveres comenzaron a agolparse vecinos, algunos de ellos armados. Las armas de los compañeros de Gabriel se tensaron y todos pudieron escuchar la mortífera puesta a punto y el quitar de los seguros. De todos era sabido el encono que existía hacia las fuerzas de la ONU por parte de los bosnio musulmanes, que

eran los habitantes de aquella región, y que no perdonaban la poca protección que según ellos habían recibido de los occidentales ante la ilegítima invasión de los serbios.

Anja, la traductora croata, estuvo a punto de echar a correr con las mujeres del pueblo que salieron disparadas en todas direcciones a refugiarse. Mantuvo la serenidad repitiendo en inglés que solo venían para informar de una niña del pueblo que habían curado. Todo se calmó cuando los hombres armados, unos cincuenta al menos, tiraron sus armas al suelo. Gabriel observó a Santos a su lado cómo volvía a poner el seguro de su arma y lo bajaba despacio, miró al suelo y comparó los fusiles de los bosnios con el del colombiano y el resto de la patrulla, incluida su propia pistola automática. Desde luego el aspecto de las armas de los bosnios era más fiero, pero la fiabilidad debía distar mucho del armamento occidental.

Calmados los ánimos fueron regresando el resto de vecinos de la población, entre unos y otros se pasaban la información descriptiva que Anja les daba. A los pocos minutos se adelantó un niño que había estado escuchando en un grupo de otros diez de entre siete y once años aproximadamente.

La niña se llamaba Andelka Vukovic y era uno de los niños huérfanos acogidos en un orfanato improvisado a la espera de ser trasladados a la capital. El niño contó que varios militares enemigos les habían perseguido la noche anterior, todos ellos lograron escapar y esconderse, pero de Andelka no sabían nada desde entonces. Un hombre alto, con un gorrito y ademanes de ser alguna autoridad musulmana, y que dijo llamarse Tarik, se acercó a Anja y la dijo que había informado y pedido ayuda para ellos pero nadie le hacía caso. Gabriel preguntó qué debía hacer con ella cuando sanase, a lo que el alto musulmán bosnio replicó con un encogimiento de hombros.

—Pues dígame, que cuando esté recuperada se la volveré a traer para que vuelva a unirse a su pueblo, no tengo otra opción — dijo Gabriel a Anja.

Cuando ésta hubo traducido el bosnio del gorrito agarró a Gabriel suplicando que no lo hiciera, que allí moriría, que por favor la entregara a sus jefes, que la dieran asilo en occidente. “No tiene a nadie” repetía gesticulando como un loco, después señalaba al resto de niños, y añadía “ellos tampoco”.

—Pregúntele dónde está el alcalde o quien haga las funciones de gobierno del pueblo.

Anja tradujo y el hombre respondió señalando a uno de los que había arrojado su arma al suelo.

—Tarik dice que el alcalde murió el mes pasado, el gobierno ahora son los vecinos armados. Pero él se hace responsable de estos niños —el hombre alto volvió a gesticular y agarrar al médico—, le pide de nuevo que por favor le ayude a llevarlos a lugar seguro.

—Dígale que yo solo puedo atender sus enfermedades, no su orfandad, pero que hablaré con mis superiores del caso de Andelka y del resto de huérfanos del pueblo. Pregúntele si hay documentos de los niños.

El hombre miró al médico con ojos de gratitud mientras Anja traducía:

—Le agradece en nombre de Alá su gesto y buena intención, los papeles los tiene él, no de todos los niños puesto que las casas de algunos quedaron destrozadas, pero de Andela, que así llaman aquí a la niña, sí los tiene, si espera aquí se los traerá. Pero... le pide otro favor...

Gabriel, que miraba al musulmán volvió la cabeza hacia Anja cuando paró de hablar evidentemente sin haber terminado de traducir. La animó impaciente a hacerlo.

—Debe llevarse al resto de niños.

—No puedo.

—Espera que de un momento a otro les ataquen, esta región es objetivo de los serbios. —Anja bajó la voz, y casi en un susurro añadió—: No se fíen de ellos —señaló con disimulo al grupo de holandeses.

Gabriel se acercó al bosnio y le cogió de los brazos como había hecho él. Miró a los ojos al hombre y pidió a Anja que tradujera con el mismo énfasis que él le diera.

—Tarik, le prometo que pienso mover este asunto y pedir la evacuación de estos niños, solo soy un médico, pero también capitán del ejército español. Ahora por favor proporcióneme los documentos de la niña y una lista con los nombres, edad y posibles parientes en otra región del resto de niños. Esperaré aquí.

Si Gabriel hubiera sabido el destino de esos niños se los habría llevado con él ese mismo día. Pero no podía actuar de otro modo si no quería verse metido en un buen lío por tomarse

atribuciones que no le correspondían. El caso de Andelika era diferente por estar herida de consideración. Y solo ella pudo salvarse, los otros nueve niños fueron asesinados por las tropas serbias ocho días después.

Tras tomar un refrigerio con los compañeros holandeses en su campamento, volvieron a Sarajevo.

Al parecer todos estaban enterados de su proeza en el quirófano, y aunque a simple vista parecían lobos a punto de acabar a mordiscos con la locura desatada en Bosnia se habían enternecido con la niña operada a vida o muerte, allí todos saludaban a Gabriel como si fuera un héroe. “Por favor, que no se muera la criatura”, pensó éste.

La niña mantenía las constantes cuando el médico entró, con Santos pegado a sus talones, para comprobar su estado. Junto a ella estaba Sheila sentada en un taburete, tenía una mano de la niña en la suya mientras con la otra sujetaba un libro, se levantó al verlos entrar.

—Si os quedáis unos minutos voy un momento al lavabo.

—Tómame el tiempo que quieras, y ve a ver si te necesitan por ahí —dijo Gabriel.

—John me ha eximido de momento, prefiere que al menos hoy no la dejemos sola.

—Yo te relevaré, pediré permiso al sargento —dijo Santos.

—Me parece bien, yo también andaré por aquí, aunque deberé atender al resto de pacientes.

A la mañana siguiente cuando entró de nuevo en el box, Gabriel encontró a Santos medio dormido con una mano de la niña entre las suyas. El colombiano era un tipo bastante robusto, alto y muy fuerte, además tenía una mandíbula pronunciada y hacia fuera lo que le confería un aspecto feroz, al menos que sonriera, cosa que solía hacer todo el tiempo, tal vez con la sola intención de suavizar su aspecto y hacerlo más acorde con su gran corazón.

—¿Sabe, doctor? Cada vez que la tomo de la mano noto como se relaja.

Gabriel miró los monitores.

—Pero no mire ahí hombre, no es ahí donde se siente.

El médico sonrió y tomó la otra mano de la criatura. Levantó la cabeza y cerró los ojos suspirando. Se sorprendió al sentir que al contacto era la niña quien lo calmaba a él.

Las palabras de Sheila le sacaron del apacible letargo. Acababa de llegar y señaló a Santos.

—Ayer vino alguien de una organización internacional, él los atendió.

—¿ACNUR? —Preguntó Gabriel y el colombiano asintió.

— Yo les llamé, bueno, a través del general al mando. Al parecer cumple los requisitos de estado de salud grave — continuó Santos—, y la documentación está en regla, pero para conceder el asilo necesitan, si es posible, un documento de solicitud firmado por su tutor, a falta de familiares bastaría una autoridad del pueblo.

—¿Tarik? —Preguntó Gabriel.

—Supongo que serviría, me han dejado los documentos, los tengo ahí —señaló su guerrera sobre una silla vacía.

— Además hay un modo rápido de darle asilo en España — intervino Sheila.

—Que uno de nosotros solicite acogerla en su casa —dijo Santos.

Gabriel tuvo la sensación de que le estaban contando algo ya decidido.

—¿Y bien?

— Yo estaría encantada, pero desgraciadamente no puedo — dijo la enfermera—, mi madre padece alzhéimer y mi padre está en una silla de ruedas. Volveré en el relevo de agosto, no me tocaba aún pero por urgencia personal lo solicité la semana pasada cuando hablé con mi padre y lloré desesperado en el teléfono. Soy hija única.

—¿Y usted, Santos?

El colombiano extrajo una tarjetita del bolsillo de la camisa y la mostró al médico.

—Quedé en llamarles hoy con la alternativa que tomaremos. Pensaba cursar la solicitud de acogida en cuanto lo hablara con usted, quiero decir si no se opone porque también esté interesado.

Gabriel pensó unos instantes antes de negar con la cabeza y aclarar.

—No es que no esté interesado, pero considero mucho más apropiado que lo haga alguno de ustedes, y puesto que Sheila no puede... Verá, Santos, enviudé hace unos años, estoy completamente solo en la vida.

—Como ella —le cortó Santos.

—Sí, pero seguramente usted, por su edad tenga una novia, una...

—Esposa e hijo de tres años.

—Pues no se hable más. ¿Pensaba partir en el relevo de agosto?

—Esa era exactamente mi idea si usted no ve inconveniente, supongo que en una semana...

—Estará suficientemente recuperada para el viaje, estoy seguro. Tramite la acogida y cuente conmigo para lo que haga falta.

A la mañana siguiente Gabriel cruzaba la explanada que servía de helipuerto en dirección al hospital cuando algo le llamó la atención y levantó la vista hacia un helicóptero que emprendía vuelo, Santos le estaba saludando mientras el aparato se elevaba, por señas trataba de decirle algo. Finalmente asintió dándole a entender que había comprendido y saludó a su vez.

El entrar en el box encontró a Sheila con la niña, comprobó todos los gráficos y decidió retirarla el oxígeno, la chiquilla mejoraba cada día. Asintió satisfecho hacia la enfermera, que le dijo:

—Santos acaba de salir en dirección al pueblo, va por la firma de ese Tarik.

—Sí, lo sé, me lo ha dicho él mismo desde el helicóptero. Bueno, me lo ha dado a entender por señas.

— ¿Qué pasará con el resto de los niños del orfanato? —Dijo Sheila— Creo recordar que son nueve, Santos me lo contó.

—Ayer entregué la documentación al general, se comprometió ha enviarlo con un informe a la organización de ayuda internacional. Dentro de un rato, cuando acabe la ronda, iré a informarme.

El helicóptero tomó tierra en una explanada abierta cerca del lugar donde habían hablado con Tarik. Esta vez no contaba con la ayuda de la traductora pero confiaba en hacerse entender mediante gestos y en el idioma inglés, que tras tantos meses de guerra los habitantes de aquellas zonas habían aprendido un poco. Habían avisado como era su obligación a la cercana base holandesa antes de llegar. Ahora divisó a lo lejos dos vehículos que venían hacia él. En el helicóptero habían quedado dos compañeros, uno con la ametralladora dispuesta y el otro a los mandos del aparato. Los holandeses tras saludarle se situaron en lugares estratégicos formando un triángulo con el helicóptero. Santos, sintiéndose protegido, se apresuró por la calle preguntando a toda persona que se cruzaba con él, que no eran muchos. Al parecer nadie había visto a Tarik ese día, por

fin encontró al niño que había reconocido a Andelika y que estaba ayudando a un hombre mayor a reparar la maltrecha puerta de una edificación de aspecto desvencijado. Un grupo de niños alborotaba en el interior. El carpintero al ver los documentos comprendió que buscaba a Tarik para algo referente a los niños que todos deseaban ver muy lejos de allí, a salvo. Salió a la calle y caminó unos metros hasta situarse en la esquina desde donde se divisaba el campo abierto. Señaló una pequeña finca que distaría unos seiscientos metros saliendo de la ciudad hacia el oeste. El niño intervino en su precario inglés.

—*Brother Tarik sick.*

Santos comprendió perfectamente que Tarik había ido a visitar a su hermano enfermo en la casa que le señalaban. Les dio las gracias efusivamente y se dirigió hacia la salida oeste.

Al llegar al final de la calle optó por continuar campo a través en vez de caminar por la carretera asfaltada cuyo recorrido era más largo. Oyó unas voces tras él y se volvió para ver al chico y al carpintero que agitaban los brazos gritando en su idioma. Al no entender ni una palabra supuso que le estaban despidiendo y saludó a su vez echando a correr hacia la casa.

Demasiado tarde comprendió su error, tuvo ocasión de hacerlo durante el largo minuto que tardó su cerebro en quedarse sin sangre y mientras veía a pocos metros los trozos dispersos de su propio cuerpo, todo lo que le faltaba desde el pecho hasta los pies.

El piloto del helicóptero estaba adormilado leyendo una revista francesa de deportes cuando oyó la explosión y dio un salto en el asiento. Su compañero, también francés, quitó el seguro a la ametralladora y la preparó para disparar.

—Ha sido tras esas casas, justo en la dirección que ha tomado el cabo —dijo el piloto.

En menos de dos minutos estaban sobrevolando los restos del colombiano. Los dos vehículos holandeses se habían posicionado al comienzo de la explanada, varios vecinos entre los que se encontraban el carpintero y el niño que habían avisado a la víctima estaban también al filo del campo. Nadie se atrevía a adentrarse, más aún teniendo en cuenta que ya era demasiado tarde, pues el militar estaba despedazado.

—No podemos dejarle ahí —dijo el de la ametralladora mientras se abrochaba un arnés.

—¿Te has vuelto loco? No pienso aterrizar aquí.

—No es necesario, mantén el aparato a unos tres o cuatro metros, yo me encargaré de subir a bordo los trozos del español.

—No es español, es colombiano —dijo el piloto bajando y estabilizando la nave.

—Para mí todo el que habla español lo es —dijo el francés señalando una bolsa junto al asiento vacía del copiloto—, acércame esos salvavidas, tendré que utilizar las bolsas para recoger lo que queda de él.

El piloto se lo dio y se concentró en mantener estable el aparato procurando no mirar mientras su compañero rescataba el despiece humano.

Gabriel se encontraba en el comedor, ordenando la comida en su bandeja para comenzar su almuerzo cuando oyó el revuelo. Miró por el ventanal del comedor y divisó a medio centenar de metros una desacostumbrada aglomeración de personal en torno a un helicóptero cuyas aspas estaban frenando su giro poco a poco. Sintió que de pronto perdía el apetito, algo no iba bien, algo que tenía que ver con el joven colombiano.

Alguien que le vio correr hacia la nave le explicó en inglés que el cabo ya no estaba allí y le señaló las tiendas de color verde oscuro. Cuando penetró en la zona apartada donde habían sido depositados los restos se sujetó la boca y respiró hondo como le habían enseñado, se alegró de no haber comido, de lo contrario el vómito que soltó en uno de los lavabos hubiera sido mucho más abundante.

A la mañana siguiente los restos mortales partieron hacia París, donde harían escala antes de continuar hasta Bogotá. Tras participar en la despedida y rendirle honores Gabriel se dirigió al hospital para comenzar su jornada. Allí le esperaba una sorpresa.

Tarik permanecía en pie junto a la cama conversando, a través de Anja, con Sheila, John y el propio general francés al mando. Cuando vieron llegar a Gabriel decidieron salir para continuar hablando fuera, pues ya eran demasiados en aquel espacio que además se suponía aséptico. Sheila le puso al corriente camino de las dependencias del mando. Resultó que Tarik había ido caminando hasta la base de los holandeses jugándose la vida para suplicar que le llevaran a ver al médico español.